

Prefacio

El verano pasado fui a visitar a Nando Parrado a su casa en Punta del Este, con el objetivo de que leyera mi manuscrito y pedirle que escribiera unas líneas para la contraportada de este libro. Nando me dijo que lo iba a leer y, eventualmente, escribiría con gusto unas líneas.

Después de una cordial y agradable reunión, me acompañó hasta la puerta de su casa para despedirme. Mientras caminaba delante de mí, miré sus piernas flacas y cansadas y me estremeció imaginar esas mismas piernas dando pasos de gigante en la montaña. Me quedé totalmente desconcertado cuando vi unas feas cicatrices cerca de sus pantorrillas y talones; no sabía que Nando tenía sus piernas lastimadas mientras caminaba por los Andes e imaginé que las heridas se habían producido después.

—¿Cómo te hiciste esas heridas? ¿Fue en una moto o tuviste un accidente de auto? —le pregunté confundido mirando sus lastimaduras intentando buscar una confirmación que me tranquilizara.

—No, Pedro, me las traje de la montaña —contestó.

Me quedé petrificado. Descubrir esas heridas 42 años después me conmovió en lo más profundo al imaginarlo caminando con Roberto Canessa por la montaña; desesperados, heridos y al límite de sus fuerzas, buscando una salida para ellos y para nosotros. Sabía que había sido una hazaña inmensa, pero hacerlo con heridas sangrantes en las piernas me pareció que agregaba aún más valor a algo que ya no admite adjetivos.

Yo no tengo cicatrices visibles ni caminé diez días por la montaña, pero estuve 70 días viviendo bajito, luchando por sobrevivir.

Con el tiempo que ha transcurrido, a medida que corremos el velo protector que nos protege, nuestras heridas aparecen y, como las de Nando, magnifican lo que vivimos en los Andes.



Nando relata las secuelas físicas que tuvo debido a la caminata por los Andes en busca del rescate.

* * *

—¡No irás a escribir otro libro más sobre el tema de los Andes! ¿No está todo dicho ya? —me dijo mi hermano Santiago al enterarse de que estaba trabajando en este proyecto.

¿Otro libro más? Pues sí, este es otro libro sobre lo que nos pasó en los Andes. Lo escribo porque creo que no está todo dicho y siento que tengo algo más que decir. Falta contar cómo viví yo mis 70 días en la cordillera y cómo llevé mi montaña después, en mi vida personal, pero lo quiero contar como tiene sentido para mí.

Quiero dejar escrito mi testimonio y algunas reflexiones con más de 40 años de perspectiva. Me importa dar mi visión personal de aquellos días, de la lucha diaria por sobrevivir y cómo fue que, entre todos, con dificultades y mucho trabajo, pudimos construir esa máquina de supervivencia que fue nuestro cuerpo colectivo en la montaña.

Lo hago porque me gusta contarlo, porque me hace bien. De hecho, al escribirlo he podido conectar nuevamente con la montaña y me he conmovido al evocar los momentos del accidente, las decisiones importantes, la rutina pequeña del día a día y la caminata final de Nando y Roberto mientras nosotros los esperábamos en los restos del avión. También me emocioné con el recuerdo de mi padre buscándome sin esperanza y con nuestra salida de los Andes, listos para enfrentar otros desafíos. Al final,

me he dado cuenta de que la montaña todavía me acompaña, está conmigo, se mueve y me sigue conmoviendo. Pero ya pasó, he aprendido a vivir con ella; ya no molesta y me ha dejado vivir mi vida normal por más que me emocione a veces y me avise de que todavía está.

También soy consciente de que a mucha gente le impacta nuestra historia; que escucharla le ayuda a poner sus propias montañas en perspectiva y a tomar fuerzas para superar su propia adversidad.

En estos 62 años de vida —cuarenta y tantos años de segunda vida—, me han pasado muchas cosas y pensé en otras tantas que tienen que ver con este hecho tan significativo para mí. Todo está en este libro, muchas veces de forma explícita, pero en la mayoría de las ocasiones flotando entre líneas, como es el caso de toda historia testimonial contada con el corazón en la mano.

En mi recuerdo despojado y limitado de lo que pasó en los Andes también está lo que es más difícil de resolver, lo que sigue quedando como un misterio. ¿Por qué sobreviví yo y no alguno de mis hermanos de la montaña que estaban mucho mejor preparados o que podrían haber hecho aportes mucho más importantes después en sus vidas? ¿Cuál es la fuerza que nos hacía vivir un día más y que nos llevó hasta el final? ¿Cómo hicimos para conformar un verdadero equipo de trabajo cuando, en el fondo, lo que quería cada uno de nosotros era poder sobrevivir? ¿Dónde está hoy la montaña en mi vida? ¿Dónde está la cicatriz por las decisiones que tomamos para vivir? ¿Dónde está el duelo no hecho por mis amigos que no volvieron? ¿Cómo hicimos para soportar tanta tensión?

Algunas de estas preguntas tienen un inicio de respuesta y otras no porque ni yo mismo las sé.

Mi experiencia de los Andes fue un momento especialmente límite y difícil, de mucho trabajo, de dolor, oscuro, de vivir bajo, de estar en contacto con las manifestaciones vitales más básicas, de convivir con la muerte y de sobrevivir casi sin darme cuenta, de forma instintiva. Mi vida después de lo que ocurrió fue distinta, llena de oportunidades y realizaciones, con una

linda familia y buenos trabajos, donde no he dejado cosas por hacer y crecer. Pero, también, una vida con otras montañas, donde lo vivido en los Andes sirvió para saber que ante las nuevas montañas solo hay que empezar a caminar. No son dos vidas contrapuestas. Son parte de lo mismo. Hoy, con más perspectiva, intento integrarlas, hacer una síntesis, reconocer que las he vivido y que no las puedo separar.

Con más de 40 años de distancia, los recuerdos son borrosos, confusos y quedan básicamente imágenes muchas veces mezcladas con lo que se ha escrito o dicho después. El tiempo y todo lo que hemos vivido han borrado los límites y contornos de nuestras memorias. Las heridas existen pero han cicatrizado; hemos vivido otras experiencias que nos han hecho nuevas heridas sobre las que ya teníamos. A veces, las cicatrices son tantas que no las podemos identificar. Lo bueno es que no vivo sobresaltado por los recuerdos ni me atemorizan viejos fantasmas. Eso ya pasó. Pero, ahora, miro hacia atrás y conecto puntos, de lo que éramos y lo que somos y la historia adquiere un nuevo sentido.

Este libro no es una novela ni nada por el estilo; esta es mi historia, la historia de mi vida, la que me permite construir sentido. Es la historia de mi supervivencia en los Andes y lo que hice después con la montaña a cuestas. Es mi lucha por hacer una vida normal, con la montaña moviéndose en la mochila. Pero no es la única historia de los Andes. De hecho, cada uno de los 16 supervivientes tiene la suya. Esta es la mía.

* * *

Hace ya un año de la primera edición, que se publicó en Argentina y Uruguay. Las reacciones que ha despertado mi libro exceden todas mis expectativas. He recibido miles de correos de lectores que quieren contarme sus experiencias, sus sensaciones o lo que estaban haciendo cuando se enteraron del accidente.

Ha sido un año intenso. He recorrido gran parte de estos dos países visitando colegios, comunidades, clubes de rugby y otras

instituciones para explicar, entre otras cosas, porqué las montañas siguen allí, quién es el Pedrito de la portada del libro; la importancia de estar vivos y presentes todos los días, de contar nuestra historia sin demasiados adjetivos, pero siendo coherentes con la memoria de uno mismo, aunque eso, a veces, conspira contra las interpretaciones y los recuerdos de otros.

He sentido y vivido experiencias increíbles. Ha habido gente que me ha parado por la calle, simplemente para darme un abrazo; hasta familiares de algunos de los que se quedaron en los Andes, que me agradecieron que me atreviera a contar la historia tal como yo la había vivido, sin edulcorar, cruda, pero con el corazón en la mano. Eso para mí compensó todos los esfuerzos, la exposición pública y los insomnios y la ansiedad que la publicación del libro trajo aparejados. Creo que ha valido la pena.

Lo que sí ha cambiado en este último año es que ya no estamos vivos los 16 que salimos de los Andes. Nuestro querido Javier Methol se nos ha adelantado y nos ha dejado. Su muerte a los 79 años nos interpela, nos deja una enorme tristeza y un vacío imposible de llenar. Javier estuvo presente en todas las instancias de este libro, fue a todas las presentaciones que pudo y era uno de mis mayores entusiastas. A él, en definitiva, queda el agradecimiento y la dedicación de esta nueva edición.

* * *

Las montañas siguen allí está organizado en dos partes. La primera está relacionada directamente con el episodio de los Andes y en esos capítulos encontrarás un relato de lo que nos sucedió, tal como yo lo he vivido. También aparece lo que me pasó después del rescate que, como verás, se mezcla bastante con mi vida ordinaria. La segunda parte contiene algunas de mis reflexiones, organizadas por temas y no como un simple testimonio vivencial. Finalmente, me permito sacar algunas conclusiones, intentando hacer un resumen de lo que no debería ser resumido.

Desde ya, agradezco tu interés en esta novela (que no es una novela) sobre mi montaña, donde podría haberme quedado pero de la que porfiadamente quise salir. Espero que me acompañes hasta el final.